



LA VIDA Y EL MINISTERIO
DE DIOS HIJO

A. W. TOZER



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 con el título *Jesus*, copyright © 2017 por The Moody Bible Institute of Chicago. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Título en castellano: *Jesús*, © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5804-0 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6717-2 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-7537-5 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Nota del editor	7
1. El Dios que existe por sí mismo	9
2. La imagen misma de Dios	23
3. Creador, Sustentador, Benefactor	35
4. La revelación de Dios	43
5. El misterio de la encarnación	51
6. El centro de todas las cosas	61
7. El Obrador de milagros	71
8. El Salvador de las personas	77
9. El remedio	85
10. La ofrenda	91
11. Nuestro mediador	99
12. La resurrección	107
13. El Señor ascendido	119
14. Nuestro sumo sacerdote	127
15. Siempre con nosotros	139
16. La Segunda Venida	149
17. La Cabeza de la nueva creación	163
Fuentes	173

NOTA DEL EDITOR

A. W. Tozer fue un hombre que se encontró con el Dios vivo, y que decidió que su misión en la vida sería ayudar a otros a conocer a su Creador y Redentor. Además, estaba convencido de que la única manera de conocer a Dios era por medio de su Hijo, Jesucristo, que es la imagen fidedigna y la revelación de Dios.

Los diecisiete extractos que verás a continuación son una pequeña muestra de los escritos de Tozer sobre la persona y la obra de Dios Hijo. Aborda temas como la naturaleza eterna del Hijo, su unicidad con el Padre y con el Espíritu Santo, su encarnación, su misión para salvar a la humanidad perdida, su obra intercesora en los cielos hoy, su próxima venida y su reinado eterno.

Lo que encontrarás en las páginas siguientes es un llamamiento para reconocer a Cristo por quien es, y para someterte diariamente a Él como Señor y Salvador. Tal como lo expresaba Tozer, Cristo es el centro de todas las cosas. Es Creador, Sustentador y Benefactor, Aquel que nos hizo para su gloria y para recibir el regalo de su amor:

Hemos recibido de su plenitud. Esto no puede significar de ninguna manera que ninguno de nosotros haya recibido toda su plenitud. Significa que Jesucristo, el Hijo eterno, es el único medio por el que Dios dispensa sus beneficios a su creación.

Dado que Jesucristo es el Hijo eterno, dado que tiene la generación eterna y es igual al Padre en lo que se refiere a

JESÚS

su sustancia, su eternidad, su amor, su poder, su gracia, su bondad y todos los atributos de la deidad, es el canal por medio del cual Dios dispensa todas sus bendiciones. (Extracto del capítulo 3).

Aunque estas son palabras de un hombre que murió hace décadas, dan testimonio del Hijo del Hombre y del Hijo de Dios, el Eterno, nuestra fuente de Luz y de Vida. Tozer no querría que el lector se centrara en él o en su obra, sino en la gloria de Jesucristo. Deseo que todos los extractos que componen este volumen te señalen el camino hacia Él y te inspiren a adorarle con temor reverente y con gratitud.

EL DIOS QUE EXISTE POR SÍ MISMO

En el principio era el Verbo.

JUAN 1:1

Cualquier hombre o mujer que sea realmente sensible a la verdad divina descubre que existe cierto tipo de ahogo espiritual que a menudo sentimos cuando intentamos asimilar los primeros versículos del Evangelio de Juan, o también podríamos decir los primeros versículos de Génesis.

Ningún hombre es lo bastante grande o capaz, por su propia fe y su experiencia, de explicar a otros estos pasajes bíblicos clave. De hecho, nadie debería predicar sobre la expresión “En el principio...”, pero la frase está ahí, y también en nuestra enseñanza.

Hacemos todo lo que podemos por estudiar y aprender, y no cabe duda de que aquí encontraremos un mensaje profundo y útil, pero aun así nos embargará la sensación, como dijo hace años un poeta, de que “los necios se apresuran a recorrer lugares que los ángeles no se atreven a pisar”.

JESÚS

Debemos meditar sobre la naturaleza eterna de Dios para poder adorarlo como debemos hacerlo. Mira, a menudo hago referencia a Frederick William Faber, cuyo gran corazón de adoración indagó en estos misterios durante toda su vida, transcurrida en el siglo XIX; él celebró la visión de la existencia eterna de Dios con estas palabras cálidas y maravillosas:

¡Padre! ¡El Nombre más dulce y amado
que conocen hombres o ángeles!
Fuente de vida, que no tuvo fuente
de la que ella misma fluyese.
Cuando aún no existían cielos y tierra,
cuando el tiempo aún no se conocía,
Tú, en tu gloria y majestad,
vivías y amabas a solas.
Tu vastedad no es nueva ni antigua;
tu vida nunca empezó;
el tiempo no puede medir tus días,
ni el espacio levantar tu trono.

Hermanos, sin duda este debe ser uno de los pensamientos más grandes e impactantes que podamos tener en la vida: que de quien hablamos es del Dios viviente y eterno, ¡y admitimos que solo en Dios puede darse la existencia que no tiene causa!

Dentro de este contexto, confieso que me entristece la superficialidad del pensamiento cristiano de nuestros tiempos. A muchos les interesa la religión como si fuera una especie de juguete. Si me permites emitir un juicio, da la sensación de que hay muchos hombres y mujeres que asisten a la iglesia sin el deseo genuino de relacionarse con Dios. No acuden para encontrarse con Él y deleitarse en su presencia. ¡No vienen para recibir noticias del mundo eterno y trascendente!

EL DIOS QUE EXISTE POR SÍ MISMO

No cabe duda de que debemos ser conscientes de que todo lo que nos rodea tiene una causa. Tú tienes una causa, como la tengo yo. Todo lo que conocemos es el efecto de alguna causa.

Si pudiéramos meternos en algún tipo de máquina especial que nos llevase atrás en el tiempo, recorriendo a la inversa los siglos de la historia, llegando hasta el momento anterior a la creación, quizá podríamos llegar hasta ese punto donde no había nada ni nadie ¡excepto el mismo Dios!

Debemos ser conscientes de que todo lo que nos rodea tiene una causa.

Si imaginamos que fuera posible borrar la historia y todo lo que hay en el universo, veríamos que en Dios habita la existencia sin causa; Dios, autosuficiente, increado, que no ha nacido ni ha sido hecho, solo Dios, el Dios viviente, eterno y que existe por sí mismo.

Comparado con Él, todo lo que nos rodea en este mundo merma en estatura y en importancia. Comparado con Él, nada tiene importancia: las pequeñas iglesias con sus pequeños predicadores, los pequeños escritores y editores; los pequeños cantantes y músicos; los pequeños diáconos y responsables; los pequeños educadores y estadistas; ¡las pequeñas ciudades con sus pequeños habitantes e instituciones!

Hermanos, la humanidad está tan aplastada bajo los diminutos granos de polvo que componen el mundo, el tiempo, el espacio y la materia, que tendemos a olvidar que, en determinado momento, Dios vivió, habitó, existió y amó sin apoyo, sin ayuda y sin creación.

¡Este es el Dios que no tiene causa, que existe por sí mismo!

Este Dios con quien nos relacionamos nunca ha tenido que recibir nada de nadie. No hay nadie ni nada con quien Dios haya estado en deuda.

Algunas personas tienen la desfachatez de pensar que cuando

depositan un billete de diez dólares en la bolsa de la colecta dominical están ayudando al Dios viviente.

No creo exagerar cuando digo que algunos de nosotros metemos la colecta en la bolsa con cierta actitud triunfal, como diciendo: “¡Ahí va eso! ¡Ahora Dios se sentirá mejor!”.

DIOS NO NECESITA NADA

A lo mejor esto les duele a algunos de ustedes, pero tengo la obligación de decir que Dios no necesita nada de lo que tienen. No necesita ni un céntimo de su dinero. Lo que está en juego en asuntos como este es el propio bienestar espiritual de ustedes. En el acto de ofrendar a Dios de lo que somos y tenemos, radica un principio hermoso y enriquecedor, pero ninguno de nosotros da porque el cielo padezca una recesión económica.

La enseñanza bíblica está clara: tienes derecho a conservar para ti solo lo que tienes, pero se oxidará y se pudrirá y, en última instancia, será tu ruina.

Hace mucho tiempo, Dios dijo: “Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud” (Salmos 50:12). Si el Dios vivo tuviera necesidad de algo, ya no sería Dios.

Muy bien, eso fue antes del principio. Aquí lo que nos interesa es lo que dice la Biblia sobre antes de la fundación del mundo.

Se nos dice que al principio Dios creó. Somos conscientes de que Dios no depende de su propia creación.

Si Dios necesitara ayuda o fuerza, no sería omnipotente y, por lo tanto, no sería Dios.

Si Dios necesitase consejo de alguien, no sería soberano. Si necesitara sabiduría, ya no sería omnisciente. Si necesitara apoyo y sustento, no podría existir por sí mismo.

EL DIOS QUE EXISTE POR SÍ MISMO

Es decir, que, por lo que respecta al ser humano, hubo un principio y una creación. La expresión “en el principio” no señala la fecha de nacimiento del Dios Todopoderoso, sino el momento del tiempo, tal como lo entendemos, en el que Dios dejó de estar solo y empezó a crear el tiempo y el espacio, las criaturas y los seres vivos.

Sin embargo, aún no estamos listos para abandonar esa circunstancia previa a la creación, antes de que se echasen los cimientos del mundo, cuando Dios habitaba solo, el Ser increado; el Padre en amor con el Hijo, el Hijo con el Espíritu Santo, y el Espíritu con el Padre y el Hijo.

Dios es el Dios eterno, que habita en medio de una tranquilidad que no tuvo principio y que no puede tener final.

Es posible que te hayas dado cuenta de que no he utilizado la expresión “el vacío previo a la creación”. *Vacío* es un término bueno y útil. Cuando no sabemos qué más decir, decimos que hay un “vacío” en la conversación.

Sin embargo, antes de la creación, Dios estaba allí, y Dios no es un vacío. Es el Dios trino, y es todo lo que existe.

En su existencia anterior a la creación, Dios ya estaba ocupado, atareado con misericordias eternas. Su mente estaba llena de pensamientos compasivos y de planes de redención para una humanidad a la que ni siquiera había creado todavía.

Este es un momento idóneo para leer Efesios 1:4-5: “según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor”. Soy muy consciente de que, a veces cuando predico, inquieto mucho a los calvinistas. Sé

Dios es el Dios eterno, que habita en medio de una tranquilidad que no tuvo principio y que no puede tener final.

también que, en ocasiones, cuando predico, inquieto a los arminianos, y posiblemente es en este momento cuando estén sudando más.

ANTES DE LA CREACIÓN

Pablo dijo a los creyentes de Éfeso que fuimos escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo. Alguno intentará salirse por la tangente y me preguntará: “¿Cómo es posible que fueras elegido en Él antes de la fundación del mundo?”.

Yo respondo con otra pregunta: “¿Cómo puedes explicar un momento en el que no hubiera materia, ley, movimiento, relación, ni espacio, tiempo o seres, sino solo Dios?”.

Si me puedes explicar eso, entonces yo puedo explicar cómo Dios me eligió en Él antes de la creación del mundo. Lo único que puedo decir es que debemos tener en cuenta el conocimiento previo de Dios, porque Pedro escribió a sus hermanos cristianos y les llamó “elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:2).

Los actos de creación en el principio no fueron la primera actividad de Dios. Dios había estado ocupado antes de estos, porque seguro que antes de la fundación del mundo participaba en elecciones y en predestinaciones.

Hace tiempo escribí un breve artículo editorial bajo el título “Caminamos por una senda marcada”. En este señalaba que no somos huérfanos en este mundo, que no vivimos y respiramos por casualidad, y que somos hijos de Dios por la fe. Dije que es cierto que nuestro Padre celestial va delante de nosotros, que el Pastor va por delante y señala el camino.

Uno de mis estimados lectores me escribió y me dijo: “Me

EL DIOS QUE EXISTE POR SÍ MISMO

educaron como metodista. En sus comentarios, ¿se refiere a la predestinación? Eso es lo que creen los presbiterianos. ¿Qué quiere decir exactamente?”.

Le escribí una carta diciendo: “Amado hermano: cuando dije que caminamos por una senda marcada, no pensaba en la preordenación, la predestinación, la seguridad eterna o los decretos eternos. Solo pensaba en lo hermoso que es que los pasos de una persona piadosa sean ordenados por el Señor; y que, si un cristiano consagrado se pone en manos de Dios, hasta los accidentes se convertirán en bendiciones. No solo eso, sino que nuestro Dios hará que hasta el propio diablo contribuya a la glorificación de sus santos”.

Los hijos de Dios siempre han tenido la experiencia de que, cuando andamos diariamente en la voluntad de Dios, incluso lo que parece una tragedia y una pérdida acabará siendo al final una bendición y una ganancia.

No pretendía profundizar tanto. Lo único que decía era que nuestro Padre celestial guía nuestro camino, y que los pasos del hombre piadoso los ordena Dios. Estoy seguro de que mi hermano metodista se podrá acostar tranquilo esta noche, sabiendo que no tiene que convertirse en presbiteriano para estar seguro de que Dios cuida de él.

Por cierto, ¡no sé cómo se ha colado aquí esa ilustración, porque no figuraba en mis apuntes!

Bien, volvamos a la narración sobre la creación, “en el principio”.

Es evidente que Dios creó la materia, ¡y que no es mala! La materia es aquello de lo que está compuesto cualquier objeto físico, y de la materia hemos obtenido palabras como *material* y *materialismo*.

**No somos
huérfanos en
este mundo...
no vivimos y
respiramos por
casualidad...
somos hijos de
Dios por la fe.**

Creo que muchas personas de nuestras congregaciones se confunden cuando algún hermano erudito nos aconseja que debemos presentar un ferviente frente común contra el materialismo.

Todo el mundo mira alrededor en busca del enemigo, pero parece que no se le ve por ninguna parte. Si un hombre no sabe qué es el materialismo, ¿cómo podemos esperar que participe en la batalla?

La palabra *materialismo* se ha convertido en parte del lenguaje coloquial. Las cosas creadas que aceptamos como materia nos rodean por todas partes: son cosas que podemos tocar, oler, gustar, manipular, ver y escuchar. Son cosas que hablan a los sentidos; son cosas materiales, y no son malas.

El materialismo, cuando entra en crisis, se produce cuando los hombres y las mujeres creados a la imagen de Dios consideran la materia como algo definitivo. Hablando de las cosas materiales y físicas, dicen: “Esta es la única realidad. La materia es lo definitivo: ¡no hay nada más!”.

“Debemos luchar contra el materialismo” no significa que todo el mundo tenga que tomar una espada y ponerse a perseguir a un tipo llamado Material hasta que lo alcance y lo liquide.

Lo que significa es que deberíamos empezar a creer en el hecho de la creación de Dios, y que la materia es solo una criatura del Dios omnisciente que es amor, y que las cosas físicas que conocemos y de las que disfrutamos no son la realidad última; no son un fin en sí mismas.

Según el relato de la creación, Dios precisaba disponer de algún lugar donde situar la materia, de modo que creó el espacio. Tuvo que hacer espacio para el movimiento, de manera que creó el tiempo.

Concebimos el tiempo como una hebra que está sujeta a un gran carrete celestial, y que discurre con más velocidad para los hombres que para las mujeres. El tiempo no es así: el tiempo es el medio en el

EL DIOS QUE EXISTE POR SÍ MISMO

que cambian todas las cosas. No es el tiempo lo que hace crecer a un bebé, sino el cambio. Para que se produzca el cambio, debe existir una secuencia de cambio. A esa secuencia la llamamos “tiempo”.

Y luego Dios hizo las leyes que gobiernan el tiempo y el espacio y la materia. Puede que decir lo siguiente caiga en una simplificación excesiva, pero en la ley que Él estableció, Dios le dijo a la materia: “Ahora, crece y haz sitio para dejar que las cosas se muevan”.

Vemos luego en el relato que Dios creó la vida. Creó la vida para que pudiera existir la consciencia del tiempo, el espacio, el movimiento y la materia. Luego Dios creó el espíritu, para que hubiera criaturas que fuesen conscientes del propio Dios. Después organizó todo el universo y lo llamamos “cosmos”, y así tenemos el mundo.

Ahora bien, supongo que la creación es muchísimo más compleja de como la he descrito aquí, y que se prolongó mucho más tiempo del que me ha llevado contarla. Pero, cuando Dios creó los cielos y la tierra, fue el principio. Ese fue el inicio del pensamiento humano. Ahí fue donde empezó la materia, con el tiempo y el espacio. Ese fue el punto de partida de la vida creada.

¡Oh, cómo me alegra disponer del relato sencillo que habla del Dios vivo, amante y creador!

EL AMOR ETERNO DE DIOS

No creo que yo pudiese adorar a un Dios a quien de repente le sorprendieran las circunstancias del mundo que me rodea, que Él creó. No creo que pudiera doblar mis rodillas ante un Dios a quien tuviera que disculpar.

Hermanos, nunca me podría ofrecer a un Dios que me necesitara. Si me necesitara, no podría respetarle y, si no pudiera respetarle, no podría adorarlo.

**Cuando andamos
diariamente en
la voluntad de
Dios, incluso lo
que parece una
tragedia y una
pérdida acabará
siendo al final
una bendición y
una ganancia.**

Nunca podría ponerme de rodillas y decir: “Padre, sé que ahora mismo las cosas te van mal. Sé que el modernismo les complica la vida a los santos, y que el comunismo supone una grave amenaza

para el reino. Dios, sé que necesitas de verdad mi ayuda, así que te la ofrezco”.

Algunos de nuestros llamamientos misioneros se acercan a ese mismo error: que tenemos que participar en la obra misionera porque Dios nos necesita mucho.

El hecho es que Dios cabalga sobre el mundo y las nubes son el polvo de sus pies, y que, si no le sigues, lo perderás todo y Dios no perderá nada. Seguirá siendo glorificado en sus santos y admirado por todos los que le temen. El primer acto responsable de todo hombre debería ser llegar a un lugar en el que Dios esté eternamente complacido con él.

Todas estas reflexiones se fundamentan sobre el carácter y la dignidad de Dios. Ningún hombre o mujer, en ninguna parte, debería acercarse a Dios como un acto de piedad porque el pobrecito Dios le necesita. ¡Oh, no, no, hermano!

Dios ha dejado claro que existe un infierno, un lugar reservado para las personas que no quieren amar a Dios y se niegan a servirle. La tristeza y la tragedia de este hecho radican en que Dios ama a esos seres humanos porque los creó a su propia imagen. No hay nada más en la creación de lo que se diga que fue hecho a semejanza de Dios.

Debido a que el ser humano caído y moribundo sigue estando más cerca de la semejanza de Dios que cualquier otra criatura de la tierra, Dios le ofrece la conversión, la regeneración y el perdón.

EL DIOS QUE EXISTE POR SÍ MISMO

Sin duda fue debido a este gran potencial que tiene la personalidad humana por lo que el Verbo se pudo hacer carne y habitar entre nosotros. El Hijo unigénito no podía adoptar la naturaleza de los ángeles, pero pudo tomar y tomó la simiente de Abraham, como nos dice Hebreos 2:16.

Las Escrituras nos aseguran de muchas maneras que el Dios creador no malgasta la personalidad humana, pero sin duda una de las mayores tragedias de esta vida es que la personalidad humana se puede desperdiciar sola. Por su propio pecado, un hombre se puede desperdiciar a sí mismo, lo cual supone malgastar lo más parecido a Dios que hay en el mundo.

El pecado es una enfermedad. Es la anarquía, es la rebelión, es la transgresión, pero también es el desperdicio del tesoro más precioso de todos los que hay en la tierra. Decimos que el hombre que muere fuera de Cristo está “perdido”, y pocas palabras hay en nuestro idioma que expresen su condición de una forma más precisa. Ha desperdiciado un tesoro difícil de encontrar y, al final, se detiene durante un momento fugaz y mira a su alrededor, como un necio moral, un derrochador que ha perdido, de una sola vez, aplastante e irrecuperablemente su alma, su vida, su paz, toda su personalidad misteriosa, ¡su amado y eterno todo!

¡Oh!, ¿cómo podemos conseguir que los hombres y las mujeres que nos rodean se den cuenta de que el Dios Todopoderoso, antes del principio del mundo, los amó y pensó en ellos, planificando la redención, la salvación y el perdón?

Hermanos cristianos, ¿por qué no somos más fieles y serios a la hora de proclamar los grandes intereses eternos de Dios?

¿Cómo va a enterarse el mundo que nos rodea que Dios es el todo en todo a menos que seamos fieles en nuestro testimonio?

En una época en la que parece que todo lo que hay en el mundo

es vanidad, Dios espera de nosotros que proclamemos que Él es la gran Realidad, y que solo Él puede dotar de sentido a todas las otras realidades.

¿Cómo podrán descubrir y saber las grandes e insatisfechas multitudes que somos hechos por Dios y para Él?

La respuesta a la pregunta “¿De dónde vengo?” nunca puede obtener una respuesta mejor que la que da la madre cristiana que dice “¡Dios te hizo!”. La vasta acumulación de conocimiento existente en el mundo actual no puede mejorar esta sencilla respuesta.

Los científicos más eminentes te pueden hablar sobre su exhaustiva investigación de los secretos del funcionamiento de la materia, pero el origen de esta se encierra en un profundo silencio, y se niega a dar respuesta a las numerosas preguntas del ser humano.

Dios, el Dios que existe por sí solo, omnisciente y todopoderoso, hizo los cielos y la tierra y al hombre que habita sobre ella, y creó al hombre para sí, y no hay ninguna otra respuesta a la pregunta “¿Por qué me creó Dios?”.

En estos tiempos convulsos, es muy importante para nosotros poder estar firmes y seguros en esta declaración: “¡Así dice el Señor!”.

Nuestro objetivo primordial no es discutir con nuestra generación, ni tampoco, en gran medida, persuadir o demostrar nada. Con nuestra declaración “Así dice el Señor” responsabilizamos a Dios del resultado. Nadie sabe lo bastante, ni puede saberlo, para ir más allá de esto. Dios nos hizo para sí mismo: esto es lo primero y lo último que podemos decir sobre la existencia humana, y todo lo demás que añadamos no son más que comentarios.

REFLEXIÓN PERSONAL

1. ¿Cómo puede influir en tu vida cotidiana el hecho de reconocer intencionadamente la naturaleza eterna y autoexistente de Dios?
2. Si Dios no necesita nada, ¿por qué nos creó?
3. El hecho de que Dios sea eterno e inmutable, ¿qué indica sobre el amor que siente por nosotros?

